

CAPÍTULO II.

El amor paciente y abnegado.

La gracia, después de haber purificado y fortalecido el amor, le enseña la práctica cotidiana y minuciosa de la fidelidad, por medio de la paciencia y el sacrificio.—1.º Paciencia.—Ilusiones del amor.—Crisis de la vida conyugal.—Debilidades de la naturaleza.—Intervención de la gracia: ésta hace al amor paciente.—Cómo en las crisis conyugales, la paciencia es una virtud, compuesta de prudencia, justicia, fortaleza, dulzura, discreción y nobles aspiraciones.—2.º Sacrificio.—Este corona la obra de la paciencia.—Es un efecto de la gracia.—Su regla divina.—Pintura de la mujer y del marido abnegado.—La abnegación, el sacrificio hace de ambas vidas una sola.

LA unión conyugal, en la cual la gracia tiene hondas raíces, y sobre la cual ejerce directa é inmediatamente su acción, es una unión fortalecida, que encadena la una á la otra, dos vidas, en una vida común, en la cual las naturalezas se contrarían, los caracteres chocan, las enfermedades molestan, y en la cual, sin embargo, los corazones deben compenetrarse y fundirse. Esta vida común es un nuevo campo abierto á las operaciones de la perfección: la gracia sacramental del matrimonio subsiste y desarrolla sus santas influencias. Después de haber purificado el amor natural y hacerle fiel, fata aún el aplicarse á la práctica cotidiana de la fidelidad; es decir, á hacer el amor sufrido y abnegado.

Con la paciencia, las dos vidas que el matrimonio ha unido, permanecen la una cerca de la otra, á pesar de todo lo que tiende á separarlas.

Con el sacrificio, la una penetra en la otra, y vienen real y positivamente á ser una vida común, una sola vida.

Estudiemos estos dos efectos de la gracia de Dios, estas dos cualidades del amor cristiano en el matrimonio.

§ I.

CÓMO LA GRACIA HACE AL AMOR, PACIENTE.

Dícese que el amor es ciego; y tal vez esto es verdad. De todos modos es necesario convenir en que es muy corto de vista, y por lo tanto está expuesto á engañarse. Hemos visto ya por qué ilusiones se deja seducir en la elección: hecha ésta, la ilusión persiste. El amor se imagina que basta á dos seres humanos el estar muy enamorado el uno del otro para ser eternamente felices. Juzga que la vida conyugal es como un viaje por las aguas tranquilas de un río, cuyas orillas están sembradas de flores y bajo un cielo siempre sereno; sospecha que podrá haber algunos accidentes en este viaje, y podrá agitarse un tanto la barquilla del himeneo; pero se ama y se amará tanto, que esto no debe preocupar. De esto provienen inevitables sorpresas y crueles desengaños.

El matrimonio, aun cuando se ha contraído bajo las mejores condiciones de conveniencia, de prudencia humana y de la gracia, no cambia la naturaleza de los que se casan. Ponen en común sus buenas cualidades; pero también sus defectos, y á menudo en esta última parte, el dote es más considerable de lo que se cree. Instintivamente, aquellos que se ponen en relación para casarse, no dejan ver sino el lado bueno de su carácter, de sus hábitos y de su vida; y el corazón, por poco que se haya interesado, conténtase con lo que se le enseña y no quiere investigar más. Pero cuando se ha entrado ya en la vida común, todo lo que el estudio había disimulado, no tarda en aparecer y empieza la crisis conyugal. Desde la simple manifestación del mal humor, á la explosión de las pasiones más groseras y violentas; desde

las mortificaciones del amor propio, á las heridas mortales que reciben la delicadeza del corazón y la dignidad humana, hay una serie de situaciones, ya cómicas, ya trágicas, que saben explotar con provecho los que ejercen el oficio de pintar las escenas de la vida conyugal. De ella toman accidentes ridículos ó conmovedores, que se leen con interés y que se tiene el cuidado de achacar á los vecinos. No daremos este gusto á nuestros lectores, porque nuestro propósito no es el de distraerles, sino de enseñarles su deber.

Desgraciadamente, en las crisis de la vida común, el corazón desilusionado se preocupa menos de su deber, que de las contrariedades que le hacen sufrir. Las continuas revelaciones de ese conjunto de imperfecciones, de defectos, de pasiones y de vicios, que no se quisieron ver ó que se conocieron mal antes del enlace, los perpetuos conflictos de caracteres opuestos, las apatías que enervan toda acción, las exigencias que es imposible satisfacer, la injusticia de los celos, de las apreciaciones y de los juicios de que se es víctima; las quejas, las proposiciones bruscas, las recriminaciones y los reproches que se han de aguantar; en una palabra, todo lo que turba la paz y nubla el bienestar que se había prometido en la vida común, he ahí el gran banco de arrecifes en que el pobre amor natural viene á zozobrar y ahogarse, si no tiene cerca un salvador divino. Y la consecuencia de este naufragio es, ¡ay!, muchas veces algo más que la indiferencia. Entonces se produce en el corazón desilusionado, este cambio que Sto. Tomás ha definido con esta frase profunda: *El odio nace del amor* (1). ¡Ah, sí! cuanto más se ha amado, más se detesta; sobre todo cuando la adversidad, no contenta con hacer sufrir y hacer insoportable la vida común, se desahoga con pérfidas indiscreciones, y entrega al pasto de la curiosidad pública los misterios secretos del hogar. En este estado crítico, el corazón, hastiado del amor legítimo, sueña en amores culpables, y con una cobarde complacencia accede á las sacrílegas invitaciones, que le prometen legalizar sus infidelidades.

Pero esto, sólo sucede cuando el amor se sustrae á la acción de la gracia. Cuando el sacramento del matrimonio se ha recibido con religiosas disposiciones, posee una virtud preventiva que da al amor conyugal la fuerza para contener la explosión de los sentimientos, pasiones y defectos, capaces de perturbar la vida

conyugal: si no pueden conjurarse todas las crisis, por lo menos quedarán muy atenuadas.

Dios, que quiere conducir las almas á la perfección por el camino de la prueba, permite á menudo que la naturaleza, indócil ó infiel á la gracia, se libre de las trabas que la sujetan, y haga pesar dolorosamente sobre un alma, la carga de las imperfecciones y de los vicios de la otra. Por esto vemos algunos matrimonios cristianos, y aun matrimonios de santos, en los cuales la vida común es una larga y triste serie de contrariedades y sufrimientos. Los maridos libertinos, ligeros ó violentos; las mujeres caprichosas, de carácter áspero ó coquetas, parecen haber recibido la diabólica misión de desalentar los más sólidos afectos, pero no hacen sino demostrar la virtud perfectiva de la gracia sacramental, que hace del amor cristiano un amor paciente.

Mientras el amor natural se deja cercenar y algunas veces desviar por la adversidad, el amor cristiano consiente en sufrir: la gracia que le penetra y le fortalece, le retiene cerca de la naturaleza ingrata cuyas espinas le desgarran, y le dice: *Sé fiel hasta la muerte*. Su fidelidad se ejercita y se demuestra con la paciencia.

Así, pues, en las crisis de la vida común, la paciencia es una virtud complexa, compuesta de prudencia, de justicia, de fortaleza, de resignación, de dulzura, de discreción, de nobles esperanzas y santas ambiciones.

El amor cristiano, ilustrado por la gracia, no se entrega á un sueño quimérico de una felicidad sin límites: sabe que si se entra en la vida conyugal con el mutuo afán de hacerse felices, llévase también todo lo necesario para hacerse sufrir; después de haber gozado de las primeras efusiones del afecto, espera que despierten los defectos que sólo están adormecidos, y no se sorprende al ver que una naturaleza imperfecta descubre sus tachas. Obligado á sacrificar algunas de sus ilusiones, puede sentir cómo disminuye en él la ternura expansiva, muy cercana á la carne y á los sentidos; pero la prudencia cristiana le enseña que cuanto más una alma es defectuosa, más necesita que el amor que se le ha prometido, vele cerca de ella, como se vela al enfermo que se quiere curar.

Por otra parte, ¿no es justo llevar la carga que un compañero ó una compañera de vida íntima nos echa encima, ya que nos-

otros podemos serle también de mil maneras, carga pesada? El amor natural no se cuida sino de las heridas que recibe: el amor cristiano se preocupa de las que puede causar. Si se encuentra cerca de vicios, que de cuando en cuando le dan como estocadas, inquiere á su vez, si él tiene defectos que multiplican las punzadas: porque ¡ay! nuestra pobre naturaleza está hecha así; sus mismas cualidades, según las circunstancias, pueden ser tan molestas ó insoportables, como los defectos. ¡Es muy difícil ajustarse al término medio, que es la verdadera virtud! Esto lo sabe, lo comprende el amor cristiano. Preservado por la gracia de esta vulgar ceguera, que nos disimula nuestras faltas personales, y no toma en cuenta sino lo que nos mortifica, hace una equitativa repartición de culpas, exagerando más bien las propias, para hacer menos graves las que debe sufrir: se deja persuadir fácilmente por estas palabras del Apóstol:—«*Sufríos los unos á los otros (2).*»

Nada le desalienta, por frecuentes é importunos que sean los desahogos del mal humor y de las pasiones que se empeñan en atormentarlo: es fuerte, pero no con esta fortaleza altanera que se venga con el desprecio, sino con esta fortaleza llena de dulzura, que distingue la ligereza de la mala voluntad, evita las discusiones irritantes, huye de las disputas vivas y las palabras duras, deja pasar la tempestad de la contradicción, para tener el derecho de exponer oportunamente prudentes advertencias y preparar la facilidad del perdón.

El silencio es su refugio ordinario. Hace poco hemos dicho que el amor natural no resiste las heridas que le causan indiscretas revelaciones; pero á su vez, es indiscreto cuando sufre. ¡Cuántas personas casadas van de un lado á otro, á referir sus penas íntimas para consolarse! Todo sale á luz: discusiones, reproches, deshonras, escenas dolorosas, son pasto de una curiosidad imprudente, que no busca sino apurar y agotar las confidencias ligeras de un alma loca por la cólera ó el sufrimiento. La malignidad pública se apodera de los secretos que aquélla ha profanado, los tergiversa ó los agrava, y se los devuelve por la misma puerta que su indiscreción ha abierto, como dardos emponzoñados, que hieren irremediabilmente corazones ya enfermos, haciendo imposible toda reconciliación.—El amor cristiano tiene el valor del silencio. Sus pesares no son conocidos sino del cónyuge ofensor,

y no imploran más piedad que la de Dios. No es el orgullo el que le aconseja la discreción y el silencio, ni tampoco el respeto á esta cosa sagrada que se llama el secreto del hogar: es la noble esperanza y la santa ambición de hacer útiles y santificar las mismas pruebas y sufrimientos de la vida conyugal.

El amor cristiano no ignora que la paciencia es para el alma una escuela de perfección moral, y que se es más fuerte para emprender las luchas de la vida pública, cuando se ha adquirido el dominio de sí mismo, en las luchas de la vida doméstica. La familia es un mundo en pequeño, en el cual se encuentran mil pasiones opuestas, y donde se gana cada día, sufriendo, esperando y callando.

Sin embargo, el amor cristiano no se contenta con esta perfección puramente humana. Aspira á más, sabiendo que el discípulo de un Dios crucificado, debe seguir sus huellas y llevar la cruz tras Él. Su cruz, es la desgracia de no ser comprendido, de ser despreciado, rechazado, maltratado tal vez cada día, por uno, cuya vida está indisolublemente unida á la suya. Esta cruz la ha desposado y no la repudiará, porque al presente es un instrumento de progreso y una fuente de méritos para la eternidad. Sólo el loco amor natural es el que puede esperar mejorar su suerte, entregándose á objetos nuevos: el amor cristiano, quiere morir allí donde le obliga un juramento que Dios ha presenciado, grabado y sellado para siempre.

Aparte de todo esto, es necesario reconocer que las naturalezas ingratas no siempre son insensibles al espectáculo de la virtud. La prudencia, la justicia, la fortaleza, la dulzura, la discreción, pueden triunfar al cabo de los caracteres difíciles y de las pasiones peligrosas. En la vida común, más agitada por la tribulación, puede suceder que algún día, el corazón que sabe esperar y callar, obtenga el premio del arrepentimiento y el cariñoso afecto del otro corazón que le ha hecho sufrir. Esta es la suprema esperanza, la mayor ambición del amor que la gracia ha hecho paciente, y la realización de esta frase de nuestros libros santos: *La paciencia es perfecta en sus obras (3).*

§ II.

CÓMO LA GRACIA LLEVA EL AMOR Á LA ABNEGACIÓN.

El perfeccionamiento del amor natural en la vida común no acaba con la paciencia. No basta que las dos vidas unidas por el matrimonio permanezcan la una cerca de la otra, á pesar de todo lo que tiende á separarlas: es necesario que se compenetren, y formen, con toda la fuerza de la expresión, una vida común. Esta es la obra de la abnegación.

El primer acto del amor, es la elección: el segundo, la expansión. El amor da: *porque amar*, dice Santo Tomás, *es querer el bien de aquel á quien se ama* (4): y es imposible quererlo, sino hay el esfuerzo de procurarlo. Gozar y descansar en el amor, antes de haberse empleado en él, es egoísmo. Por esto el amor, da: no sólo está ansioso de esta abundancia y esta armonía del bien, que forman la belleza del objeto amado, sino que quiere acrecentarlas, procurándole todos los bienes y sacrificándose á sí mismo, si es preciso. Aguza el ingenio, inventa, se adelanta á todos los deseos, se mortifica, se olvida de sí mismo, no vive sino por el alma á quien ama.

He ahí el sacrificio, la abnegación, supremo perfeccionamiento del amor conyugal, como de todos los amores.

No creamos en modo alguno que el corazón humano puede llegar fácilmente y por sí sólo á esta perfección. Dominado por un instinto poderoso, en un momento de febril excitación, el amor natural puede ser capaz de algún sacrificio; pero ocupar sin cesar los días y las horas tranquilas de una vida común, con olvido propio, en la perpetua donación de sí mismo, esto no está en su mano. Si bien se mira, en el fondo de los afectos más vivos y más tiernos, siempre se encuentra algo de egoísmo: en definitiva, lo que más se apetece, es ser amado, y el corazón es naturalmente más sensible al placer de recibir, que al placer de dar.

Bajo este punto de vista, es necesario confesar para vergüenza del sexo noble y fuerte, que el hombre es inferior á la mujer. No es esto decir, que la mujer desdeñe por completo estas pequeñas idolatrías que halagan su vanidad; pero en conjunto, ella está

por naturaleza, más dispuesta y más aficionada que el hombre á las generosidades del amor. El hombre es el señor, él lo sabe bien; todo lo que se hace por él, toma á sus ojos el carácter de un servicio que le es debido: es mucho ya, si acepta con gratitud los cuidados exquisitos, las delicadas atenciones, los agasajos de un afecto que procura serle agradable; en cuanto á corresponder de la misma manera, ya es otra cosa.

No hay que atribuir á la naturaleza el equilibrio y la práctica continua del sacrificio en la vida común; sino á la acción de la gracia, que perfecciona el amor. La gracia, adapta el amor conyugal al tipo sagrado, sobre el cual el Apóstol San Pablo llama la atención de los esposos cristianos cuando les dice:—*«Mujeres, sed sumisas á vuestros maridos, como al Señor: porque el hombre es la cabeza de la mujer, de la misma manera que Cristo es la cabeza de la Iglesia; Él, el salvador de su cuerpo. Y como la Iglesia está sumisa á Cristo, así la mujer debe estar sumisa á su marido en todas las cosas. Vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres, como Cristo ama á su Iglesia, Él que se ha sacrificado por ella, para santificarla* (5).»

Tal es la divina regla del cambio de abnegaciones, que deben honrar y hacer feliz la vida común de los esposos cristianos: abnegación de sumisión por parte de la mujer, abnegación con generosa condescendencia por parte del marido, y todo esto hasta el sacrificio, así para uno como para otro.

La mujer abnegada, comprende profundamente el papel de auxiliar, que la Providencia le ha señalado en la vida conyugal. No es como estas ligeras y vanidosas esposas que retroceden ante el cumplimiento de ciertos deberes, para no perder su esbeltez y su hermosura: su hermosura y su encanto, para aquélla, es el obedecer con casta sencillez la ley de Dios y los legítimos deseos de aquel, á quien se ha entregado por completo. La mujer abnegada, no es como estos ídolos vanos que emplean el tiempo en adornarse, y sólo quieren ser adorados: su gloria consiste en servir á su amado esposo, que representa cerca de ella la dulce y santa autoridad de Cristo; como las castas esposas de que habla el Apóstol San Pedro (6), no se adorna sino para agradar á su marido. Procura adivinar sus pensamientos y adelantarse á sus deseos; sacrifica de buen grado sus gustos y sus placeres; se priva de todo, para que nada falte á su amado.

Sabe vencer todas las dificultades, para entregarse con valor y asiduidad á este trabajo doméstico, que hace de una casa bien ordenada, un lugar atractivo, en el cual el hombre se complace en descansar de las fatigas de la vida exterior: si ve una sombra en la frente del esposo, para consolar su corazón, provoca cariñosa las generosas confidencias que deben entristecerla: quiere tomar parte en sus penas, y poder decir á aquel, de quien es auxiliar y compañera:—Descansa en mi corazón.—Y él puede contar con ella, porque la gracia ha triunfado de la debilidad de su sexo: es, *la mujer fuerte, digno sostén de un corazón varonil* (7). Llegan después los tristes días de la enfermedad, y la mujer abnegada, no quiere confiar á nadie el cuidado de velar por una existencia que le es más cara que la suya propia: resiste heroicamente todas las fatigas y todas las molestias, puesto que en su corazón, *el amor cristiano es fuerte como la muerte*.

En recompensa de estos sacrificios, la gracia prepara en el corazón del esposo cristiano, generosidades dignas de un amo y señor, á quien Cristo ha querido servir de modelo. No se ha querido contar con las flaquezas del amor natural: porque, ¡ay! cuando el amor natural se ha enfriado con el trato diario de una vida común, no queda ordinariamente, de un hombre enamorado, sino un despótico egoísmo, que quiere ser servido y vivir á sus anchas. A menudo, separa la mejor parte de la fortuna común para satisfacer los caprichos de su augusta persona: sino puede librarse del trabajo, tiene buen cuidado en hacer comprender que á él se debe todo, y que es árbitro de dar á cada cual lo que le place. Muchas veces deja el hogar para entregarse á los placeres, preocupándose poco de lo que en él pasa, con tal que nada le falte á las horas de comer. Da por su parte todo lo menos que puede, mientras que es exigente con los demás. En vez de ser el sostén de la que es su ayuda en la vida común, la aplasta bajo el peso de sus exigencias; y cuando viene la hora de la adversidad, como todos los egoístas, aumenta su carga, con quejas, murmullos, reproches y su propia cobardía.

Muy distinto es el esposo cristiano, cuyo amor ha perfeccionado la gracia. Recuerda siempre aquella frase, con la cual el Apóstol expresa la abnegación de Cristo para la Iglesia su esposa: *Él se ha entregado por completo*. Él también se entrega: y se entrega con su trabajo, con su presencia, con el constante imperio de la

razón y la saludable influencia de su prudencia, y con el sacrificio de los más dulces placeres de la intimidad.

Sabe que de él depende el porvenir de la familia, y que cuanto menos ahorre su laboriosidad, tanto menos el infortunio hará sufrir á los que él ama. La indolencia, enemiga de la actividad, le parece un crimen; á costa de laboriosos esfuerzos, quiere no sólo hacer frente á las necesidades de todos, sino procurar su bienestar, á fin de aligerar la carga de su querida compañera y hacerle fácil y grato el cumplimiento de los deberes del hogar. Con verdadero pesar, se priva de su presencia para satisfacer las obligaciones de su vida laboriosa y activa, y como ella se complace en verle y estar cerca de él, á su vez él preferirá su compañía á todos los centros en que podría descansar y distraerse. Él multiplicará las horas de la intimidad, á fin de hacerla mejor y más completa. La mujer es para él, según la hermosa y delicada comparación del apóstol San Pedro, *un vaso frágil que es necesario cuidar con arte y tratar con esmero, porque Dios lo ha llenado de su gracia*. El esposo cristiano fortifica las paredes delicadas de este vaso con sus advertencias, sus prudentes consejos, y si es necesario, con sus caritativas y tiernas advertencias; es tan respetuoso de su debilidad, que le sacrifica las dulzuras y los consuelos de la expansión, cuando teme que las confidencias de sus preocupaciones, de sus pesares y de sus adversidades pueden mortificar un corazón demasiado sensible: disimula sus preocupaciones, contiene sus lágrimas y prolonga cuanto puede con un mudo sacrificio la confianza y la paz que tanto ama su esposa, hasta que no le queda más recurso que llorar y sufrir con ella:

¡Cuán admirable y tierno es el espectáculo que presentan dos corazones, que no piensan sino en portarse bien! Ellos sí que pueden aplicarse estos versos del poeta:

*Tu mihi curarum requies, tu nocte vel atra
Lumen, et in solis tu mihi turba locis* (9).

«En mis quebrantos tú eres mi reposo, en la noche sombría mi luz, y en la soledad tú suples el número de mis amigos.» ¡Cuán felices son con apoyarse el uno en el otro, y con sentir que ambos viven el uno para el otro!—No, esto no es la obra de la naturaleza, sino el milagro de la gracia. Según el pensamiento del

apóstol San Pedro, «la gracia hace de dos vidas una sola vida, protegida por una y otra parte por la paciencia, dominada por un amor fraternal, del cual procede el constante cambio de sacrificios (10).»

El amor paciente y abnegado, fruto de la gracia y ángel custodio de la vida común, ¿es el huésped de todos los hogares? ¡Por desgracia, no! No es aventurado el afirmar, que en los matrimonios cristianos hay una multitud de maridos que no están dispuestos á corresponder á la paciencia y la abnegación con que se les trata. Podrán tener las virtudes del hombre honrado, que hacen tolerables las uniones, pero les falta la gracia, que hace estas uniones dichosas y perfectas: estos maridos no se han entregado por completo á sus esposas, porque rehusan entregarse á Dios: que no retarden ya más esta donación; sólo á este precio conseguirán la dicha completa de la vida conyugal.

Es necesario que las mujeres cristianas por su parte, no se desalienten con los retardos prolongados de esta conversión que tanto apetece, y que debe fundir su vida en una vida que les es tan querida. Acuérdense de aquella mujer heroica, patrona de las esposas y las madres desoladas, que durante largos años esperó con paciencia la misericordia de Dios. Más adelante presentaremos á sus ojos el admirable espectáculo de la paciencia y el sacrificio que acabaron por triunfar de un esposo infiel y de un hijo extraviado.

Como Mónica, las mujeres cristianas vencerán si saben esperar; y en sus uniones hasta el momento imperfectas, si no son aquéllas desgraciadas, verán por fin realizarse el milagro de la gracia, de la cual habla el Apóstol cuando dice: La fusión de dos vidas en una sola protegida por una y otra parte por la paciencia, y dominada por un amor fraternal, del cual procede el constante cambio de sacrificios.

CAPÍTULO III

El amor paternal y maternal

El amor paternal y el amor maternal.—Los padres imagen de Dios.—La gracia ilumina y dirige su amor en el gobierno doméstico.—1.º La gracia enseña el deber.—Cómo prepara en el corazón de los padres el nacimiento del hijo.—El amor junto á la cuna.—La obra de la educación.—Su fin supremo: el hombre honrado,—el cristiano,—el santo.—2.º La gracia dirige el amor paternal y maternal, preservándole de las ilusiones,—de las debilidades,—de las negligencias,—de los desacuerdos que podrían comprometer al gobierno doméstico.—Origen de las vidas santas.



LA vida común de los esposos, perfeccionada por la gracia, no debe ser perpetuamente una existencia para los dos.

El hombre y la mujer unidos por el matrimonio, poseen una fuerza generadora, y son, según la hermosa frase del Catecismo romano, — «representación viva de Dios inmortal (1).» Como Él, deben comunicar su naturaleza; como Él, deben verse revivir en un retoño animado, sér encantador del cual cada uno de aquellos puede decir:—¡Es mío! ¡Es mío! En un principio eran sólo esposos; luego son padre y madre. Sus corazones, sin separarse uno de otro, se vuelven con un mismo movimiento, hacia un nuevo objeto, al que llaman su amor, el cual completando la familia, termina su semblanza al tipo divino.